

PREFACIO

I

En previsión de que dentro de poco me vea obligado á imponer á la humanidad la más dura exigencia que nunca se le haya impuesto, creo indispensable decirle antes *quién soy yo*.

Realmente no haría falta esta explicación, porque sobrados testimonios tengo dados de mi personalidad.

✓ Pero hay tal desacuerdo entre la grandeza de mi obra y la *pequeñez* de mis contemporáneos, que hasta ahora nadie me ha sabido ver ni siquiera comprender.

Vivo de mí mismo, de mi propia creencia en mí, aunque tal vez la afirmación de que vivo no sea más que uno de tantos prejuicios. Me basta hablar con un hombre «cultivado» cualquiera, que haya venido á veranear en la Egan-dina, para convencerme de que no vivo.

Así, pues, un deber imperioso se rebela en

y contra lo más profundo de mi reserva habitual, más aún: contra mi orgullo instintivo.

Este deber consiste en decir:

✓ —*Oídme; porque soy alguien. Y sobre todo no me confundáis con nadie.*

II

Sin ser de ningún modo el «coco» ú otra especie de monstruo moral, soy contrario por temperamento á esa clase de individuos que hasta ahora están siendo venerados como modelos de virtud. Me enorgullezco de seguir las doctrinas del filósofo Dionisios y preferiría mil veces ser considerado antes sátiro que santo. Por eso quiero que todo el mundo lea esta obra. Tal vez no fué otra mi intención al escribirla y tal vez haya logrado expresar ese contraste de un modo sereno y benévolo.

✓ Nunca fué mi propósito «mejorar» la humanidad. No quiero erigir nuevos ídolos; me basta con que los antiguos conozcan la miseria de tener los pies de barro.

Derribar ídolos—y al decir ídolo presupongo toda clase de ideales—se acerca más á mis propósitos interiores.

Al mismo tiempo que se imaginaba por

medio de una mentira el mundo ideal se le elevaban á la realidad su valor, su significación, su veracidad.

La mentira del ideal ha sido hasta ahora una maldición suspendida sobre la realidad.

✓ La humanidad misma, á fuerza de penetrarse de esta mentira, se ha falseado y falsificado hasta sus más profundos instintos, hasta la adoración de los valores, *opuestos* á aquellos que garantizaban el desenvolvimiento del porvenir, incluso el derecho á ese porvenir.

III

Todo el que sepa respirar la atmósfera envolvente de mi obra sabe que es la atmósfera de las alturas, allí donde el aire es más puro y más fuerte. Sin embargo, hay que estar constituido de un modo especial para poder respirar en esta atmósfera.

Reina el hielo en torno suyo; la soledad es enorme. ¡Pero ved qué inmensa quietud en el reposo de todo, dentro de la luz! ¡Ved cómo el pecho respira ampliamente y cómo son de insignificantes todas las cosas humanas debajo de nosotros!

La verdadera filosofía—tal como yo la en-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALVARO REYES"

UNIVERSITY OF MEXICO

tiendo y la vivo—es la existencia voluntaria en medio de los hielos y las cumbres ingentes; la ansiosa investigación de cuanto hay de extraño y problemático en la vida, de cuanto refuta y ataca la moral.

Una larga experiencia, adquirida en este viaje á través de todo, lo prohibido, me ha enseñado á mirar, de modo bien distinto á como los demás desean mirar, las causas que hasta el día han impulsado la moralidad y el idealismo.

Me ha sido revelada la historia oculta de la filosofía, la psicología de los grandes nombres que la integran é ilustran.

El grado de verdad que *sostiene* un espíritu, la dosis de verdad á que puede *osar* un espíritu, son los que me han servido para encontrar a medida exacta de su valor.

El error—es decir, la fe en el ideal—no es ceguedad. *El error es la cobardía.*

Toda conquista, todo paso hacia delante en el dominio del «conocimiento», tuvo por origen el valor, la autocrueldad implacable, la limpieza de sí mismo.

Por lo tanto, yo no refuto ningún ideal. Me conformo con ponerme los guantes delante de él.

Nimitur in vetitum.

He aquí el lema con que triunfará mi filosofía.

IV

En toda mi obra, *Zuratustra* ocupa el lugar preferente. Con *Zaratustra* le he hecho á la humanidad el más valioso presente que hayan podido hacerle los filósofos de todas las épocas.

Este libro, cuya voz triunfa y triunfará de millares de años, no es sólo el libro más alto que existe, el verdadero libro de las alturas—el conjunto de hechos que constituyen «el hombre» está *debajo* de él, á una distancia enorme—, sino que también es el libro más *profundo*, nacido de la más secreta abundancia de la Verdad; pozo inagotable, al cual no desciende ningún cubo que no ascienda desbordante de oro y de bondad.

No hay en él la voz de «un profeta», uno de esos seres híbridos mezcla de enfermos y de testarudos á quienes se nombran fundadores de religiones.

Es preciso saber, oír, *saber entender*, el acento que sale de esta boca para no engañarse lastimosamente respecto del alcance de su sabiduría. «Son palabras silenciosas que preludian la tempestad; ideas que, sobre patas de paloma, vienen á dirigir el mundo»:

Los higos caen del árbol cuando ya están maduros y dulces. Al caer, su roja piel se desgarra.

Yo soy el viento del Norte que derriba los higos.

Como higos, mis enseñanzas caen hasta vosotros. Chupad su jugo y la dulce suavidad de su pulpa.

En torno nuestro se extiende la pureza de cielo de una tarde otoñal.

Ya veis que no es un fanático el que habla; aquí no se «predica»; ni siquiera se exige la fe.

Como de una luminosa amplitud de felicidad, la palabra cae serena, gota á gota, con un lento ademán. Estas cosas no pueden comprenderlas más que los elegidos; por eso, para que nadie quede libre de comprender á Zaratustra, concedo el inestimable privilegio de hacerle un eco en estas páginas.

Bien mirado, ¿no es un *seductor* Zaratustra? ¿Qué dijo al volver por primera vez á su soledad?

Precisamente lo contrario de lo que dirían en un caso semejante un «sabio», un «santo», un «Salvador» ó cualquier otro decadente por el estilo... Y no sólo habla con distintas palabras, sino que es también diferente en todo lo demás:

Yo me voy solo, discípulos míos. Vosotros también partiréis solos. Porque yo quiero que así sea.

En verdad, os aconsejo que os alejéis de mí, que os defendáis contra Zaratustra. Más aún: debéis avergonzaros de él; porque tal vez os ha engañado.

El hombre ansioso del «conocimiento», no debe limitarse á saber amar á sus enemigos; debe odiar también á sus amigos.

La verdadera gratitud al maestro no se siente hasta que dejamos de ser su discípulo. ¿Por qué no queréis romper mi corona?

Vosotros me veneráis; pero ¿habéis pensado en el día que se derrumbe esta veneración? Cuidad de no morir aplastados por una estatua.

Decís que creéis en Zaratustra, pero ¿qué importa Zaratustra!... Sois mis creyentes; pero ¿qué importan todos los creyentes!...

Aun no os han buscado á vosotros. Por eso me habéis encontrado á mí. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco la fe.

Ahora os mando que prescindáis de mí y os busquéis á vosotros mismos.

Únicamente cuando todos hayáis renegado de mí, es cuando volveré entre vosotros.

En ese día perfecto en que todo llega á la plena madurez ha caído un rayo de sol sobre mi vida.

He mirado detrás de mí; he mirado delante de mí y nunca he visto tanta belleza y tanta grandeza juntas.

No en vano entierro hoy el año cuarenta y cuatro de mi vida—á lo cual tengo indiscutible derecho—, y lo que merecía salvarse se ha hecho inmortal.

El primer libro de la Transmutación de los valores, los Cantos de Zaratustra, El crepúsculo de los ídolos—tentativas de filosofar á martillazos—: estos son los regalos que me ha hecho ese año, mejor dicho, el último trimestre de ese año.

¿Cómo no he de estar, pues, agradecido á mi vida?

Por eso voy á recordármela á mí mismo.

ECCE=HOMO

I

Por qué soy tan sabio

I

La verdadera felicidad de mi existencia, lo que tal vez constituye mi carácter, está supeditado á su inherente fatalidad. Valiéndome de una expresión enigmática, diré que toda prolongación de mi padre ha muerto en mí, y en cambio cuanto heredé de mi madre vive aún y envejece conmigo.

Este doble origen—que procede en cierto modo del escalón superior y del escalón superior de la vida, de lo que ya está *decadente*, y de algo que *empieza* ahora—explica mejor que ninguna otra razón esta mentalidad, esta independencia de todo cuanto se relacione al problema general de la vida, que constituye una de mis cualidades distintivas.

Para todo síntoma evolutivo ascendente ó descendente, tengo un olfato privilegiado. En este terreno soy el maestro por excelencia. Más que conocer ambas evoluciones puedo decir que están encarnadas en mí.

Mi padre murió á los treinta y seis años. Era uno de esos seres bondadosos y mórbidos que nacen para pasar inadvertidos, predestinados á no ser más que un débil recuerdo insignificante. Su vida declinó en la misma época que había de declinar la mía. Á los treinta y seis años descendí al punto inferior de mi vitalidad. Seguía viviendo; pero ciego para todo.

Entonces—1879—fué cuando obandoné mi cátedra de Basilea y viví en San Moritz como una sombra, y como una sombra viví el invierno siguiente en Namburgo, ¡el invierno más pobre de sol de toda mi existencia!

Verdaderamente había adquirido la vaguedad é imprecisión de una sombra. Por eso escribí *El viajero y su sombra*, que tiene algo de fantasmal.

Al invierno siguiente—el primero que pasé en Ginebra—la dulcificación, la espiritualización de mi temperamento, ese estado morbosos, hijo de una extrema pobreza muscular y sanguínea, dió vida á *Aurora*.

La plena claridad, la serena amplitud dispo-

sitiva, incluso la exuberancia espiritual que refleja esta obra, respondía, no sólo á una profunda debilidad fisiológica, sino también á un exceso de sufrimiento.

En medio de las torturas de pertinaces cefalalgias, acompañadas de trabajosos vómitos, poseía una luminosa lucidez de verdadero dialéctico, reflexionaba con gran frialdad en las cosas que—á ser mejor mi salud—me hubiesen hallado desprovisto de refinamiento y de frialdad, sin la indispensable audacia del trepador de rocas.

✓ Acaso no ignoren mis lectores hasta qué punto considero la dialéctica como un símbolo de decadencia bien palpable en su caso más célebre: el de Sócrates.

Todas las mórbidas convulsiones del intelecto, incluso ese estado semiletárgico de la calentura, me son hasta ahora completamente desconocidas, aunque he procurado averiguar sus causas y efectos en obras competentes.

✓ Mi sangre circula lenta por las venas. Nadie puede afirmar que yo haya padecido fiebre alguna vez. Un médico que durante cierto tiempo me estuvo tratando respecto de una falsa enfermedad nerviosa, acabó por confesar que él y no yo era el único que padecía de los nervios.

Sin embargo, es indudable que en mí existe cierta degeneración local. Sin padecer del estómago, sufro, á causa de mi agotamiento casi general, de frecuentes debilidades gastrálgicas.

Mi dolencia constante de los ojos, que algunas veces ha estado á punto de llevarme á la ceguera, no es más que un efecto y no una causa, puesto que á un aumento de mi fuerza vital respondía siempre otro de mis facultades visuales.

La larga serie de años precisa para mi curación significa también desgraciadamente el salto atrás, la descomposición, la periodicidad de cierta degeneración. ¿Será preciso *reafirmar* después de todas estas afirmaciones mi experiencia en todo cuanto se refiere á lo decadente?

Este arte afligranado, este sentido de la comprensión, este instinto de los matices, esta psicología de los contornos y dintornos espirituales, todo, en fin, lo que nos es peculiar y personal, lo aprendí entonces, fué el máspreciado presente que me hizo aquella época de dolor en que todo mi *yo* se hizo más sutil, más refinado, tanto la observación como los órganos observadores.

Observar las concepciones y los valores *más sanos*, colocándose desde el punto de vista de un enfermo y—consciente de la plenitud y

del sentimiento de sí propio que facilita la abundancia de vida—tender la vista por sobre el secreto laboratorio de los instintos decadentes.

Tal fué mi ejercicio constante, y del cual adquirí una larga experiencia, ya que si en algo soy maestro, aquí es donde está mi maestría.

Actualmente poseo el arte, la sabiduría de *las perspectivas*.

He aquí la razón primordial de que tal vez yo sea el único para quien fuera posible una *transmutación de los valores*.

II

Descartando que soy un decadente, soy también todo lo contrario de un decadente. Buena prueba de ello es que siempre he elegido por instinto el remedio *apropiado* para mi mal estado de salud, mientras que la característica del decadente es elegir siempre el remedio fatal ó contrario.

En general no he sido decadente; en particular, sí.

La energía que desplegué para condenarme á una soledad absoluta, para aislarme de cuan-

tas condiciones son habituales á la vida; la violencia que me hice á mí mismo para no dejarme cuidar, mimar, *medicinar*, en fin, demuestran que poseía una certeza instintiva y plena de lo que me era necesario entonces.

Yo fui mi único enfermero y á mí únicamente debo mi curación.

El secreto de lograr esta curación—todo fisiólogo puede atestiguarlo—no consiste más que en *una perfecta ecuanimidad interior*.

Un individuo claramente, indudablemente morbosos no puede curar á nadie y mucho menos á sí mismo. En cambio, para el hombre bien equilibrado, cualquier dolencia puede hacer las veces de un enérgico estimulante que azuce y excite su instinto vital.

Esta fué la consecuencia que deduje de aquel periodo enfermizo que hube de atravesar.

Redescubrí la vida y me recomprendí á mí mismo. Saboreé de todo—lo grande y lo pequeño—como muy pocos podrían saborearlo.

Así, pues, de la voluntad de vivir hice mi sistema filosófico.

Porque precisamente en la época en que mi vitalidad descendió hasta el minimum fué cuando dejé de ser pesimista.

El instinto de conservación me evitó el prac-

ticar esa filosofía pobre y despreciable que siguen los pesimistas.

Ahora bien; ¿en qué consiste la perfección, el equilibrio de un hombre *bien conformado*?

Un hombre bien equilibrado es siempre agradable; está formado de una madera dura y tierna y de exquisito perfume á la vez. Su única aspiración es el bienestar, la limitación en lo conveniente. Sabe diferenciar los beneficios de los perjuicios; consigue trocar en facilidades los obstáculos y halla la fortaleza en los peligros que á los demás anulan y destruyen. 5818

De todo cuanto ve y oye y le acontece logra una consecuencia favorable. Antes que nada es un verdadero principio de selección. Deja pasar las cosas sin retenerlas.

Se complace en su propia sociedad, aunque está dotado para frecuentar y comprender los libros, los hombres y los paisajes. Por eso, hace á lo demás y á los demás un verdadero honor cuando se digna *escoger*, *aceptar*, ó simplemente *confiarse*.

Reacciona lentamente, con esa lentitud hija de la concunspección y del orgullo preconcebido. Nunca marcha en busca de las seducciones; se limita á examinarlas. No cree en «la mala suerte» ni en las «faltas». Si es preciso destruye á los demás, incluso á sí mismo, y llega hasta el

olvido. Tiene la suficiente fortaleza para que todo—*inevitablemente*—se cambie en favorable para él.

Pues bien; soy lo contrario de un decadente, porque este hombre que acabo de describir soy yo mismo.

III

Este dualismo, este fácil acceso á todo cuanto está aparentemente separado, se repite siempre en mi temperamento y en mi vida. Soy mi propio *sosie*, mi doble *yo*. Poseo el don de la «segunda» vista, y *también* el de la tercera.

Mi origen ya me autoriza á mirar por encima de todas las perspectivas puramente locales, puramente nacionales. No me cuesta ningún trabajo ser un «perfecto europeo». Más aún: soy tal vez más alemán que puedan serlo los alemanes contemporáneos, esos alemanes que no son más que súbditos del Imperio, mientras que yo soy el último *alemán antipolítico*.

Sin embargo, mis antepasados formaban parte de la alta nobleza polaca, y yo heredé de

ellos el instinto de la raza, casi podría decir que él *liberum veto*.

Cuando pienso en las infinitas veces que me ha ocurrido durante mis viajes verme interpellado en polaco, incluso por polacos; cuando pienso las pocas veces que me han tomado por alemán, creo tener derecho á asegurar que no tengo sino *salpicaduras* germánicas, aunque mi madre Francisca Ehler y mi abuela paterna Erdmuta Krause fuesen puramente alemanas.

Esta última pasó su juventud en el excelente Weimar de otro tiempo y frecuentó por lo tanto las amistades de Goethe. Su hermano, el profesor de teología Krause, en Königsberg, fué nombrado superintendente general de Weimar á la muerte de Herder.

Así, pues, no sería del todo descabellado suponer que mi abuela figurase en el dietario del joven Goethe bajo el nombre de *Muthgen*. Estando en Eilemburgo se casó, en segundas nupcias, con el superintendente general Nietzsche. El 10 de Octubre de 1813, el mismo día que Napoleón entró al frente de su estado mayor en Eilemburgo, dió á luz un niño.

Aunque sajona, siempre tuvo una gran admiración por el Conquistador, y al cabo de los años, yo, su nieto, sigo participando de esa admiración.

Este niño nacido en 1813, y que andando el tiempo sería mi padre, murió en 1849.

Antes de tomar posesión de su curato de Rœcken pasó algunos años en el castillo de Altemburgo, donde estaba encargado de la educación de cuatro princesas.

Estas cuatro princesas, discípulas suyas, eran la reina de Hanóver, la gran duquesa Constantino, la gran duquesa de Oldemburgo y la princesa Teresa de Sajonia Oldemburgo.

Su protector, el rey de Prusia Federico Guillermo IV, fué quien le nombró para semejante cargo, y siendo como era agradecido, los sucesos de 1848 le apenaron hasta un extremo inconcebible.

Cuando yo nací, el 15 de Octubre, aniversario de dicho monarca, me impusieron, como era natural, los nombres de Federico Guillermo, tan corrientes en la casa Hohenzollern, lo cual tuvo la ventaja de que durante mi juventud coincidiese mi aniversario con una fiesta oficial.

Siempre he considerado un privilegio especial el haber tenido semejante padre. Á él le debo, sobre todo, el no sentir la ansiedad de lo que había de llegar á su hora, y tener en cambio la firmeza de entrar *voluntariamente* en la esfera de las superioridades y las delicadezas. Aunque haya estado á punto de pagar con mi

vida este raro privilegio, no es motivo suficiente para quejarme.

Por eso, para poder comprender algo de mi *Zaratustra*, es preciso encontrarse en una situación análoga á la mía, con un pie *más allá* de la vida.

IV

Nunca he tenido la habilidad de saber prevenir á nadie en contra mía—también esto se lo debo á mi incomparable padre—, ni aun cuando se tratase de mi conveniencia. Puede investigarse, analizar en todos sentidos y ocasiones mi vida, y no se podrá hallar, sino muy de tarde en tarde, pruebas de malevolencia; antes bien, bondad ajena respecto de mí.

Las experiencias que he hecho en los demás hablan mucho en favor de éstos. He alimentado á los osos y di sabiduría á los tontos. Durante los siete años que estuve enseñando griego en la clase superior del liceo de Basilea, nunca me vi obligado á castigar á nadie; hasta los los más holgazanes dejaban de serlo en mi cátedra.

Yo siempre estoy á la altura de lo eventual; es preciso prevenirme contra la posibilidad de autodominarme.

✓ Cualquiera que sea el instrumento, aunque esté tan desafinado como el instrumento «hombre», bien extraño sería que yo no consiguiese obtener de él algún sonido agradable. Muchas veces he oído decir—incluso á los *mismos instrumentos*—que jamás habían logrado producir semejantes sonidos.

Enrique de Stein—que murió imperdonablemente joven—, Enrique de Stein, que pasó tres días en Sils María, fué quizás quien me expresó de mejor manera esta cualidad.

Aquel hombre excelente, que con la impetuosa ingenuidad de un *hidalgüelo* prusiano se había aventurado en el pantano wagneriano—¡y lo que es peor!—, en el pantano de Duh-ring, se encontró durante tres días transportado por un huracán de libertad, como si se sintiera súbitamente con alas y empujado á una excepcional altura.

Yo no me cansé de repetirle que todo aquello era debido al aire renovador y mundial, y que no en vano se hallaba á 6.000 pies del nivel de Bayreuth.

Pero no quiso creerme.

Ahora bien; si, á pesar de esto, se come-

tieron entonces y en torno mio algunas grandes ó pequeñas infamias, no debe atribuirse á la «voluntad», y mucho menos á la malevolencia.

Bien pronto—acabo de indicarlo más arriba—tendría ocasión de quejarme de lo contrario: de la benevolencia ajena.

Mi experiencia me autoriza á desconfiar en general de todo eso que llaman *instintos desinteresados*, de ese amor al prójimo, siempre dispuestos á socorrer á uno y á aconsejarle.

Todo esto me parece una debilidad, un caso indudable de impotencia para reaccionar contra los impulsos del instinto.

Sólo los decadentes pueden considerar á la compasión como una virtud.

Á todo compasivo, á todo misericordioso, se le debe reprochar de ataques al pudor, al respeto, á la delicadeza, de no saber guardar las distancias.

La piedad, la compasión, huelen á plebe. Las manos compadecidas pueden, en un momento dado, tener un efecto destructor sobre los grandes destinos. Dominar, sujetar el impulso enfermizo de la compasión, constituye para mí una verdadera nobleza.

Ya he descrito, bajo el título de *La tentación de Zaratustra* el caso en que un desgarrador grito de desesperación llegó á oídos de Zara-

tustra, y en que la compasión le asaltó como un definitivo pecado de infidelidad contra sí mismo.

Aquí, en esto es donde se manifiesta el verdadero dominio de sí, donde hay que conservar la *altura* de nuestro empeño, puro y limpio de todas las bajezas, más bajas y más ruines porque proceden de eso que se llama «desinterés».

Esta fué tal vez la última, la definitiva prueba, la verdadera demostración de sus fuerzas que dió Zaratustra.

V

Aun hay otro aspecto en el que soy igual á á mi padre, prolongación—en cierto modo—de una vida cortada prematuramente por la muerte.

Como todos los que no han vivido nunca entre sus semejantes y á quienes la noción de «represalias» es tan desconocida como la de «derechos igualitarios», he prescindido de toda defensa, de toda «justiciera» demanda de pro-

tección, siempre que se me ha causado cualquier daño, por muy grave perjuicio que fuese.

Me he conformado respondiendo á la estupidez con la malicia. Valiéndome de una imagen casi poética, diré que procuré deshacerme de lo *agrio* con una caja de bombones.

Conmigo no hay medio de «arreglarse». Tarde ó temprano me desquito; temprano ó tarde encuentro ocasión de demostrar mi gratitud á un «malhechor», ó de *pedirle* algo, lo cual en muchos casos obliga más que recibir.

✓ También creo que las palabras más impertinentes, la carta de mayor insolencia, son siempre más políticas, más honradas que el silencio. Los que se callan, carecen de cortesía, de espiritualidad. El silencio es una objeción. Tragarse el despecho es una prueba de mal carácter, un ataque al estómago. Todos los que se callan son dispépsicos.

Por lo tanto, mi deseo es que no se menosprecie la impertinencia. La impertinencia constituye la forma más humana de la contradicción y una de nuestras primeras virtudes frente á la excesiva debilidad moderna. Incluso podría constituir una verdadera felicidad para que él tuviese las suficientes riquezas para ser impertinente.

Si hubiese de venir al mundo un dios, su

misión debía ser la injusticia. La verdadera divinidad consiste en cometer la *falta*, no en disponer el castigo.

VI

¡Tal vez la ausencia de *rencor* sea el don que me otorgara mi larga dolencia!

Para resolver este problema, para ver claramente en la naturaleza de él, debe presuponerse la experiencia desde dos puntos de vista: la fuerza y la flaqueza. La defensa contra el mal es instintiva, aunque no se consiga desembarazarse de nada ni se logre desprenderse de nada.

Todo hiere. Los hombres y las cosas se nos acercan con demasiada indiscreción; los hechos, los acontecimientos dejan huella tras de sí; el recuerdo es una llaga purulenta.

La enfermedad es indudablemente una forma del rencor.

Contra todo, el enfermo no posee otro remedio que lo que pudiéramos llamar el *fatalismo ruso*, ese fatalismo resignado que obliga al sol-

dato á acostarse sobre la nieve cuando el cansancio de la campaña le rinde. Una renuncia absoluta, plena...

La razón, el motivo de este fatalismo, que no siempre es el valor de la muerte y sí con mucha frecuencia, el instinto de conservación, en las circunstancias de mayor peligro, consiste en el rebajamiento de las funciones vitales, en cierta voluntad, en una desasimilación.

Dad unos cuantos pasos por el camino de esta lógica y os encontraréis con el fakir, dormido durante semanas enteras en un sepulcro.

Nada consume tanto y tan pronto como el rencor. El despecho, la susceptibilidad enfermiza, la impotencia para vengarse, la envidia, el odio insaciable, son verdaderos, terribles venenos, y para el ser agotado constituyen unos peligrosos reactivos.

De aquí resulta una rápida usura de las fuerzas nerviosas, un morboso recrudescimiento, en las evacuaciones molestas, como la de la bilis en el estómago, por ejemplo.

El enfermo debe evitar á toda costa el rencor, puesto que le es altamente perjudicial, aunque por lógica de la naturaleza se vea inclinado á ello.

Aquel profundo fisiólogo que se llamó Bada fué uno de los primeros en comprenderlo así.

Su «religión»—mejor dicho, su *higiene*, para no confundirla con una cosa tan lamentable como el cristianismo—supeditaba todo al triunfo sobre el rencor. Libertar el espíritu de esta pasión es el primer paso hacia la salud.

«La enemistad no se vence con la enemistad, sino con la amistad», está escrito al comienzo de las doctrinas budistas.

Ya veis que no es la moral quien habla: es la *higiene*.

Sin embargo, el rencor nacido de una flaqueza, no es perjudicial más que á los débiles. Tratándose de un temperamento *abundante*, no resulta más que un sentimiento *superfluo*, al que se debe dominar para valerse de su fuerza.

Todo aquel que conozca el grado máximo de seriedad con que mi filosofía combate los sentimientos de venganza y de rencor, incluso hasta llegar al «libre arbitrio»—la lucha contra el cristianismo no es más que un caso particular—, aquel, repito, comprenderá mis esfuerzos por llenar de luz mi personalismo, la *seguridad de mi instinto* en la práctica.

En mis momentos de decadencia, procuré librarme de esas pasiones por considerarlas molestas; pero en cuanto sentí que la vida volvía á su pretérita abundancia y orgullo, me las prohibí por creerlas muy *debajo de mí*.

Siempre, en toda ocasión, el «fatalismo ruso» de que ya he hablado. Valía más no cambiar para no *sentir* la posibilidad del cambio, que sucumbir á un impulso de rebeldía.

Odiaba mortalmente á quien me apartara de este fatalismo, al que intentase despertarme bruscamente. Con verdadero peligro mortal.

Considerarse á sí mismo como una fatalidad; no querer cambiarse de «otro modo» de como se es, en estas condiciones, he aquí la verdadera *razón*.

VII

Hablemos ahora de la guerra. Yo soy guerrero por naturaleza. El ataque es en mí un movimiento instintivo.

Poder ser enemigo, serlo, supone ya, quizás, un temperamento vigoroso. De todos modos es una manifestación indudable de vigorosidad.

Una naturaleza vigorosa tiene necesidad de ser resistida, y por lo tanto busca la resistencia, la oposición.

La tendencia á ser *agresivo* responde á la fuerza con el mismo rigor indiscutible que la

venganza y el rencor responden á la flaqueza y á la debilidad.

La mujer, por ejemplo, es rencorosa. Lo mismo que su debilidad se hace sensible á la miseria del prójimo.

La fuerza agresiva puede calcularse tanto en el adversario más poderoso como en el problema más difícil, puesto que un filósofo lucha hasta con los problemas.

La empresa consiste, no en vencer las dificultades en general, sino en vencer y dominar aquellos obstáculos que exigen el empleo de toda la fortaleza, toda la habilidad, la plena destreza en el manejo de las armas para hacerse dueño de los adversarios iguales á nosotros.

La primera condición para que un duelo sea *leal*, es esta de la igualdad.

Cuando se desprecia, no se *puede* guerrear; cuando nos sentimos en presencia de una cosa, de un hombre inferior, no se *debe* pelear con ella ó con él.

Así, pues, de mi práctica guerrera se deducen cuatro conclusiones:

Primera.—Yo no ataco más que á las cosas victoriosas, y si no fueran, esperaríá á que lo fuesen para atacarles.

Segunda.—Yo no ataco más que cuando tengo la seguridad de carecer de aliados, de

combatir yo solo, de comprometerme yo solo... Nunca he dado públicamente un paso que no me comprometiera. Tal es mi criterio de acción.

Tercera.—Jamás he atacado á una persona. Los individuos no son para mí más que unos cristales de aumento, por cuyo medio pueden hacerse visibles cualesquiera calamidades públicas ocultas á simple vista. Por eso ataqué á David Strauss, mejor dicho, al éxito de un libro caduco, sobre el culteranismo alemán. Por eso ataqué á Wagner, mejor dicho, á la caracterización mentirosa é híbrida de nuestra civilización, que confunde el refinamiento con la abundancia, lo premioso con lo grande.

Cuarta.—Yo no ataco más que las cosas *desindividualizadas*, ó que no tienen ningún molesto propósito ulterior. En mí, el ataque es una prueba de bondad, y aun en ciertos casos una muestra de gratitud.

Al unir mi nombre á una idea ó una cosa cualquiera—lo mismo para defenderla que para combatirla, igual da—, la distingo y la rindo un verdadero homenaje.

Si peleo contra el cristianismo, es precisamente porque nunca me ha molestado. Los cristianos serios, formales, han estado siempre bien dispuestos á favor mío.

Yo mismo, á pesar de ser como soy, en

37390

principio, enemigo del cristianismo, estoy muy lejos de odiar á sus prosélitos porque padezcan esa forma de fatalidad desde hace millares de años.

VIII

¿Me atreveré á indicar, por último, otro rasgo de mi carácter que me ha ocasionado bastantes dificultades y contratiempos en mis relaciones con los hombres?

Estoy dotado de una impresionabilidad tan inquietante respecto de la *limpieza*, que me hacer notar fisiológicamente lo más íntimo, lo más oculto del espíritu que se ponga frente á mí.

Le *olfateo*.

Gracias á esta impresionabilidad, tengo una especie de *antenas psicológicas*, con ayuda de las cuales puedo tentar y palpar toda clase de misterios.

La podredumbre *escondida* en el fondo de ciertos temperamentos, y que tal vez proceda de algún vicio de la sangre disimulado por la

educación, la percibo desde el primer contacto. También he observado que este género de temperamentos, incompatible con mi sentimiento de la limpieza, adivina en seguida mi desconfianza. Lo cual no les libra de oler mal.

Así, pues, he adquirido la costumbre—para mí la pureza absoluta (mía, y en torno mío) es una necesidad vital; en medio de una existencia de condiciones dudosas no puedo vivir—de bañarme, de nadar constantemente en el agua clara ó en cualquier otro elemento transparente, lleno de claridad.

Por eso mi paciencia se ha visto en muy duras pruebas en mis relaciones con los hombres.

Mi «humanismo» no consiste en simpatizar con el prójimo, sino en *soportarlo* junto á mí. Mi humanismo es una constante *autovictoria*.

De aquí la imperiosa necesidad de la *soledad*, es decir, del retorno á la salud, del retorno á mí mismo. Tengo necesidad del aire libre.

Todo mi *Zaratustra* no es más que eso: un *ditirambo* á la *soledad*, á la *pureza*, mejor dicho; pero no, afortunadamente, á la *pura locura*.

Aquellos que tengan ojos para saber distinguir de colores, dirán que es un *libro diamante*.

El *asco* que siempre me inspiraron los hombres fué siempre mi mayor peligro.

Oid el discurso de Zarathustra, en el cual habla de su liberación del asco:

«¿Qué me ha sucedido? ¿Cómo me he visto libre del asco? ¿Quién ha rejuvenecido mi vista? ¿Cómo he volado hasta las alturas donde no hay canalla sentada en la fuente?

»¿Me ha creado el propio asco estas alas y las fuerzas que presentían los manantiales? Realmente he debido volar hasta lo más alto para encontrar la fuente del gozo.

»¡Oh! Sí, hermanos míos. ¡La he encontrado! Aquí, en lo más alto brota para mí el manantial del goce. ¡Y hay una nueva vida donde beber lejos de la canalla!

»¡Acaso brotas con demasiada violencia, manantial gozoso! ¡Y frecuentemente viertes la copa al querer llenarla!

»Hay que aprender á acercarse á ti con más modestia. Tal vez mi corazón afluya con demasiada violencia á tu encuentro.

»Mi corazón, donde se consume el verano, este verano breve, cálido, melancólico y feliz. ¡Cuánto desea mi corazón estival tu frescura, fuente de alegría!

»Pasada la dudosa aficción de mi primave-

ra! ¡Pasada, también la maldad de mis copos de nieve en pleno Junio! ¡Me transformo por completo en estival, por completo en una tarde de verano!

»Un verano en las alturas con frías fuentes y bienhechora paz. ¡Venid, oh amigos, porque esta calma crece en felicidad!

»Porque esta es *nuestra* altura y nuestra patria. Nuestra mansión está demasiado alta y demasiado escarpada para todos los impuros y la red de los impuros.

»Arrojad, pues, vuestras miradas en la fuente de mi alegría, amigos. ¿Cómo había de enturbiarse? Os sonreirá con *su pureza*.

»Construiremos nuestro nido sobre el árbol del porvenir. Las águilas nos traerán en sus picos el alimento.

»En verdad os digo que los impuros no podrán compartir esos alimentos. Porque les parecería que devoraban fuego y se abrasaban las fauces.

»En verdad os digo que aquí no prepararemos habitación á los impuros. ¡Nuestra dicha helaría sus cuerpos y sus espíritus!

»Y nosotros queremos vivir por encima de ellos, como los fuertes vientos vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol. Así viven los fuertes vientos.

»Y semejante al viento, yo pasaré un día sobre ellos. Y cortaré la respiración á su espíritu con mi espíritu. Porque así lo quiere mi porvenir.

»En verdad os digo que Zaratustra es un viento poderoso, y da este consejo á todo aquel que escupe y vomita: «Guardaos de escupir contra el viento.»

"ASI HABLABA ZARATUSTRA"

II

Por qué soy tan listo

I

¿Por qué sé más que nadie de ciertas cosas?
¿Por qué, generalmente, soy tan listo, tan perspicaz?

Nunca he reflexionado sobre lo que para mí no existe; nunca me he *desperdiciado*.

Así, pues, las verdaderas dificultades religiosas, por ejemplo, no las conozco por experiencia propia.

Nunca me he podido explicar cómo podía «inclinarme al pecado». De igual modo carezco de todo criterio positivo para saber lo que es remordimiento. Y eso que, según dicen, los remordimientos no tienen nada de agradables.

Me molestaría abandonar un hecho por temor al desenlace, á las *consecuencias*. Cuando un asunto cualquiera termina mal, es que se ha